biernan no conocen dificultades a la hora del reclutamiento. Pero en la Europa continental sí existen problemas. Porque la juventud no se deja impresionar por el Régimen y exige una reforma radical, una ruptura con la tradición de la Revolución Francesa y una auténtica renovación. Ahora bien: esta renovación es todavía una vaga idea. Falta el concepto preciso. Pero también faltaba este concepto entre los fautores de la República Francesa. Y se precisa en la acción, sobre bases ideológicas aportadas por los pensadores.

* * *

Así, pues, los movimientos políticos en Francia presentan un sentido más profundo de lo que se admite por regla general. Es preciso tomarlos seriamente, y necesitan ser considerados en su conjunto. Sería falso dejarse impresionar por esta o por aquella personalidad; lo que importa es este gran mar de fondo que se anuncia.

La significación de los acontecimientos de París rebasa las fronteras de Francia. Nos encontramos en vísperas de una crisis política general en Europa. Puja una juventud que quiere romper con las falsas tradiciones de siglos caducos, que no admite ya ideologías que condujeron a la bancarrota. No busca su inspiración en el extranjero. Esta juventud la busca en la nación misma y en los valores eternos de su auténtica tradición. Se trata de un movimiento sano, una contrarrevolución en puertas. Los signos iniciales se muestran ya en todos los países occidentales. 1848 fué un año de revolución europea. Nos aproximamos a una fecha similar. Sólo que esta vez su sentido será diferente.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

## UN PERFIL DE LA ACCION COMUNISTA: LA PENETRACION COMERCIAL EN IBEROAMERICA

En ocasión anterior—en el número 59 de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS—hacíamos alusión al significado de las relaciones comerciales entre algunos países iberoamericanos y el bloque del Este. Actualmente, la cuestión se hace acreedora a un mínimo de atención. Basta tener la mente medianamente equilibrada para pensar de esta forma.

En los pasados dieciocho meses—pero particularmente desde la Conferencia de Ginebra—se ha asistido a un incremento marcado en el comercio entre el bloque comunista y las naciones del hemisferio occidental.

En el presente, la ofensiva comercial soviética está dirigida principalmente hacia la Argentina, el Brasil, el Uruguay, Chile, Cuba y Canadá. Mas hay indicaciones de que los comunistas dedican amplios esfuerzos a toda el área iberoamericana.

En los tratados comerciales firmados hasta ahora, el punto destacable ha sido la disposición soviética para comprar cantidades sustanciales de excedentes de productos agrícolas. En los casos de Argentina y Uruguay, las compras principales han consistido en trigo, carne y cuero; en el Brasil, en café, algodón y azúcar; en el Canadá, en trigo y manteca; en Cuba, en azúcar. Tal vez la única excepción notable haya sido Chile, donde, en esencia, las presiones comunistas se han enfocado a inducir a los chilenos a una relajación en las restricciones a las exportaciones de cobre.

Una vez que se han establecido las relaciones comerciales, a través de la adquisición de los excedentes agrícolas, el paso siguiente supone, usualmente, el establecimiento de un mercado para los productos industriales del entramado soviético. Argentina resulta un testimonio palpable. El Gobierno de Perón firmó acuerdos comerciales con todos los regímenes comunistas, a excepción de Albania y Bulgaria; y los soviéticos han tenido un buen éxito en la venta de equipo industrial a esta nación. En estos parajes, como en otras partes de Centroamérica y Sudamérica, la ofensiva mercantil ha ido unida a una activa campaña política contra los Estados Unidos. Los propagandistas soviéticos, mientras atacan al llamado imperialismo estadounidense y señalan el estatuto colonial de las Repúblicas de Iberoamérica en sus relaciones con la gran República norteamericana, proclaman repetidamente que vínculos más estrechos con el bloque comunista promoverán "la independencia" y el bienestar de tales países.

Y no se olvide que esta doble ofensiva ha tenido resultados afortunados (aunque sean parciales). Por ejemplo, el 19 de julio de 1955, el Presidente del Consejo de Gobierno del Uruguay declaraba que sería una gran equivocación mirar con desdén a Rusia como una fuente de comercio. No cabe registrar todos los hechos existentes en apoyo de la aserción precedente. Pero sí puede advertirse que las únicas "resistencias" a la acción comunista se han encontrado en Guatemala, donde el Gobierno anticomunista ha revocado la trayectoria inaugurada por el anterior régimen; y en

el Ecuador, donde el ministro de Economía indicaba recientemente que su país no necesitaba comerciar con el bloque soviético, a causa de que no tenía dificultad en disponer de sus artículos de exportación.

En resumidas cuentas, las exportaciones al universo comunista alcanzaron en 1954 su mayor nivel desde 1950, en que se vieron reducidas al mínimo como consecuencia de la introducción de rigurosos controles sobre los materiales estratégicos, tras el estallido de la guerra de Corea. (Los expertos esperan una expansión mayor para el año 1956.)

En todo caso, nótese cómo se ha dilatado el comercio de la Argentina con la urdimbre sovietizada. (De pasada, percíbase que tal tráfico es mayor que el conjunto de las otras naciones del hemisferio.) En el año 1954 aumentó casi cuatro veces con relación al anterior: las exportaciones al bloque citado pasaron de 24,4 millones de dólares (o el 2,1 por 100 del total de exportaciones); en 1953, a 101,7 (o el 9,5 por 100 de la totalidad de exportaciones), en 1954; y las importaciones de la trabazón comunista saltaron, de 15,3 millones (ó 1,8 por 100 del total) en 1953, a 62,1 (ó 5,7 por 100) en 1954.

Desde luego, las directrices de la ofensiva comercial en Iberoamérica son muy semejantes a las usadas en las zonas subdesarrolladas del cercano Oriente y de Asia: venta de géneros industriales a cambio de artículos agrícolas (una muestra: 500.000 toneladas de azúcar de Cuba *para Rusia).*

* * *

Ciertamente, este asunto reviste una cierta complejidad. Por un lado, se vincula al problema de la actitud yanqui respecto a las demandas de sus vecinos meridionales, ansiosos por fortalecer sus estructuras económicas. Por otra parte, se conexiona a la faceta del real fortalecimiento del mundo libre. Una fisura en éste se consigue por medio de la penetración comercial del universo dependiente de Moscú. Recuérdese que la destrucción del sistema occidental no ha de conseguirse necesariamente por medio de la guerra. (Tal es la tesis comunista.) Existen otros métodos. Uno de ellos es la desintegración de la alianza del Oeste, a través de *ofrecimientos comerciales de irresistible atracción* (otros, son: la infiltración política con ayuda de los partidos comunistas locales; y las esperanzas de coexistencia—el arma de no menor efectividad—). Así

lo han juzgado los especialistas de los perfiles soviéticos. (Vid. nuestra nota *Una dialéctica estadounidense ante la política exterior del comunismo*, en *Alcalá*, agosto 1955, págs. 10-11.) Y en la conjunción de esos extremos es en donde radica el mensaje para los centros directivos del Occidente, singularmente para Wáshington. ¡Buena cuestión para aguzar las mentes de los dirigentes "atlánticos"!

LEANDRO RUBIO GARCÍA

## OTRA NOVELA DE GRAHAM GREENE

Para nosotros, una de las características más acusadas y definitivas del estilo narrativo de Graham Greene estriba en ese magistral equilibrio que el novelista sabe mantener entre la trepidante acción exterior de sus relatos y la densa intriga interior de los mismos. Recuérdese la anécdota, la rica peripecia de *El poder y la gloria*, de *The heart of the matter*, etc., tan inteligentemente confundida con el agudo proceso moral de los protagonistas. Ambas líneas argumentales—la puramente episódica y la espiritual—, en lugar de estorbarse, más bien se complementan; se funden y ajustan tan estrechamente en sus novelas estos dos desarrollos, que a veces resulta difícil decir en qué punto acaban y terminan, respectivamente, uno y otro. Para nosotros, decíamos, es esta conjunción una de las claves fundamentales que sustentan el éxito universal y la ancha eficacia de la obra de Greene.

Pues bien: he aquí que en esta última novela suya (la última editada en tórculos españoles) ese magistral equilibrio falla de modo evidente. En *El fin de la aventura*, que es el libro a que nos referimos, apenas hay un acontecer exterior; su línea argumental es demasiado simple. La anécdota, el movimiento externo, es casi nulo o, al menos, brumoso y apenas esbozado. Un minucioso estudio realista, una detallada inspección del avatar psicológico y pasional de los protagonistas de este relato, no hallan en su dintorno lo que pudiéramos llamar el excipiente vital, la peripecia que sujeta y atrae al lector.

*El fin de la aventura* narra una compleja historia de amor, de adulterio y de odio, prietamente confundidos. Los celos hacen también su cálida aparición. Pero estos celos no tienen humano obje-